


ABAJO LAS AR

NADIE puede impedir un gesto de escepticismo, incluso de ironía, ante la noticia de que se ha reanudado la conferencia de desarme de Ginebra, después de cuatro meses de suspensión. La misma numeración de las sesiones es desalentadora: la reunión de reapertura era la 235. Martes y jueves de cada semana van a encontrarse de nuevo «los 18», que son, en realidad, 17, porque Francia no ha ocupado jamás su sillón, que aparece vacío. Sólo tres de las cinco potencias atómicas están presentes: los Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS. Falta, además de Francia, China, que no ha sido invitada porque, como es sabido, no existe. Gran Bretaña y Estados Unidos forman grupo con otros dos países inscritos en el mundo occidental: Italia y Canadá. La URSS está acompañada por cuatro países comunistas: Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria y Polonia (esta última tiene una importancia especial como autora de un plan de paz, el llamado «Plan Rapacki»). Entre estos dos bloques clásicos, ocho países considerados neutrales tratan de mantener el equilibrio y llevar la voz de los subdesarrollados militares: India, Birmania, Etiopía, Nigeria, la RAU, Brasil, Méjico y Suecia. El contexto mundial en el momento de la conferencia es contrario a los propósitos de desarme. Las dos potencias que se reparten la presidencia —son co-presidentes en Ginebra el americano William Foster y el soviético Semion Tsarapkin— acaban de aumentar sus presupuestos de guerra. El tercer mundo, tan ampliamente representado en Ginebra, está sufriendo una serie grave de presiones. En el Vietnam, la guerra crece de tono sin cesar. Las dificultades de cohesión de cada uno de los bloques se acentúan. Las dos superpotencias anuncian cada día nuevos progresos en la ciencia y en la técnica militar. Otros países aspiran a tener la bomba atómica: uno de ellos, quizá el más insistente —por su situación política, geográfica y militar—, la Alemania Federal. El esfuerzo principal de esta conferencia parece ser el de impedir, precisamente, el acceso a la bomba de los países que aún no la tienen, mediante un acuerdo de no difusión o de no diseminación del arma nuclear. Hay en esta insistencia un deseo indudablemente pacifista, puesto que la multiplicación de países atómicos multiplicaría los riesgos de una guerra general, pero hay también un interés político por parte de las superpotencias, que temen que la generalización de los ejércitos nucleares pudiese, a la larga, acabar con el predominio mundial que tan difícilmente comparten entre sí. Se trata ahora, una vez más, de saber si el desarme es posible o es utópico.

PUEDE decirse que el concepto de desarme pertenece enteramente al siglo XX; es una idea contemporánea. El gran grito de «¡Abajo las armas!» lo lanzó la baronesa austriaca Berta de Suttner con una novela (que llevaba ese título) publicada en 1890, basada en los desastres de la guerra franco-prusiana de 1870; valió a su autora el Premio Nobel de la Paz en 1905. La literatura de

la baronesa condujo a una oficialización del tema en dos conferencias iniciales, las llamadas Conferencias de La Haya, en 1899 y 1907, convocadas por el Zar Nicolás II. No es preciso señalar que no tuvieron ningún éxito, aunque sirvieron para la creación de dos organismos permanentes: la Convención para el arreglo pacífico de las disputas internacionales y el Tribunal Internacional de Justicia y para clavar en el mundo la idea de que el desarme es deseable y negociable. La novela de la baronesa fue sin duda mucho más eficaz, como creadora de una conciencia colectiva de tendencia pacifista. Nada pudo evitar el estallido de la I Guerra Mundial, aunque la expansión de las ideas pacifistas modificaron notablemente el desarrollo y el final de esa guerra y volvieron, después, a producir otro impacto literario, «Sin novedad en el frente», de Erich Maria Remarque —y algunas otras novelas como «El Fuego» de Barbusse y los libros de Romain Rolland— que eran refundiciones del grito de «Abajo las armas» de la baronesa de Suttner. El final de la guerra trajo un intento de desarme unilateral, impuesto a los países vencidos —Alemania, Austria, Hungría, Bulgaria—: se esperaba ingenuamente que al desarmar a estos países se evitaría el peligro para Europa, y los demás podrían también enterrar el hacha de la guerra. Una iniciativa americana produjo la Conferencia de Washington (1921-22) que consiguió unos acuerdos sobre limitación de armamento naval; una iniciativa soviética fraguó el Plan Litvinov (1928); una iniciativa británica consiguió organizar una Conferencia Mundial de Desarme en 1932 —presidida por el inglés Henderson—; en 1933 abandonaba la Conferencia —y la Sociedad de Naciones— la representación alemana; Alemania aumentaba enormemente sus efectivos militares en 1933. En 1936 se trató de nuevo de la limitación del armamento naval; no acudieron a la reunión Alemania, Italia y Japón. La movilización de enormes efectivos de armamento en la II Guerra Mundial son una demostración de la escasa eficacia de estas reuniones. A las que se regresó una vez terminada la guerra. Se puede pasar rápida revista a los intentos de desarme tras la segunda guerra mundial: creación de la Comisión de Energía atómica en 1946 —para la reconversión del átomo en fuerza pacífica—, de la Comisión de Armamentos Convencionales creada en 1947; refundición de estas dos comisiones en la Comisión de Desarme de la ONU en 1952, propuesta soviética —Mariscal Bulganin— de una «conferencia cumbre» de desarme en Ginebra (1958), la creación del Comité de los 18, el lanzamiento del Plan Rapacki... Esta breve historia de los intentos de desarme mundial es paralela a la historia del progreso acelerado del armamento mundial, en cantidad y en calidad. Cuando la baronesa de Suttner escribía su libro famoso un joven alemán inventó una especie de fusil de repetición que llevaría su nombre: Mauser; y un caballero norteamericano de barbita blanca y sombrero de copa llevaría ese adelanto técnico a un escalón superior; Iran Stevens Maxim produjo la excelente



La carrera de los armamentos se acelera cada día. Arriba, uno de los nuevos cohetes intercontinentales soviéticos; abajo, tanques norteamericanos enviados a las bases establecidas en Alemania.



MAS

Por
**EDUARDO
HARO
TEGLEN**

ametralladora Maxim. En estos días en que se reanuda la conferencia de Ginebra las armas son bombas de hidrógeno de cien megatonas que pueden surcar el espacio en satélites artificiales o derrumbarse sobre un país en una lluvia de cohetes que nadie puede detener; cada una de las grandes potencias tiene suficiente arsenal como para destruir a la otra —y, de paso, a numerosas naciones que llamaremos inocentes— sin, por ello, poder evitar su propia destrucción. Una primera observación se impone: el progreso de la ideología oficial de desarme ha sido nulo o escaso en estos años de esfuerzo, puesto que se siguen barajando en Ginebra las mismas ideas que aparecieron en La Haya, en 1899, mientras que el progreso de la técnica militar, en la creación y en la multiplicación de las armas, ha sido fabuloso. Una segunda observación es que los movimientos pacifistas no oficiales, surgidos de las poblaciones a partir de la llamada de conciencia de Berta de Suttner se ha ido extendiendo por el mundo ampliamente y tomando carta de naturaleza. Hace unos años el término pacifista tenía un valor peyorativo; hoy, por el contrario, todo el mundo se declara pacifista. Hasta los que no lo son.

TODOS los caminos llevan al desarme: esta triste reflexión pertenece precisamente a un diplomático que fue presidente de una Conferencia internacional de desarme, el griego Politis (Nicolás Sócrates Politis, autor de un par de libros de política internacional, ministro de Asuntos Exteriores de su país, fue embajador de Grecia en Madrid). Ciertamente, algunas de las más espectaculares consecuencias de los técnicos del desarme han conducido, paradójicamente, a mejoras de armamento. Las conversaciones de Washington —antes inventariadas— sobre reducción de armamentos navales limitaron las unidades de combate a un desplazamiento máximo de 10.000 toneladas; Alemania respondió con la creación de los llamados «acorazados de bolsillo» que no sobrepasaban ese tonelaje, que estaba dentro de la ley internacional, pero que tenían una potencia superior de fuego en comparación con los acorazados clásicos —y de movilidad y posibilidades de combate—. Algo similar ocurrió con la impuesta limitación de efectivos humanos, a la que Alemania respondió con la creación de las Juventudes Hitlerianas y las milicias del partido —una idea que se extendió rápidamente por toda Europa— que recibían enseñanza militar, que se llamó «pre-militar»: de esta forma en países que se suponía que no tenían Ejército, todos formaban parte de un verdadero Ejército paralelo, cuya eficacia se vio prácticamente al estallar la II Guerra Mundial. (Una experiencia parecida le había sucedido ya a Napoleón cuando quiso neutralizar los ejércitos de Prusia limitando los efectivos máximos de su ejército, y Prusia organizó un sistema rotativo de quintas con el que en un plazo menor logró dar educación militar a todo el país. Ejemplo citado por Gaston Bouthoul).



En Ginebra acaba de reanudarse la conferencia sobre el desarme. Sus posibilidades de éxito son nulas.

UNO de los problemas esenciales del desarme consiste en la diferencia de factores que en cada nación o grupo de naciones producen el equilibrio actual. Esta situación se explica mejor con ejemplos. Una desaparición repentina del armamento nuclear del mundo para regresar a los términos militares de antes de la bomba atómica, es decir, de los ejércitos llamados convencionales, aparece en principio como una medida de igualdad; sin embargo, desfavorecería a los Estados Unidos, de menor población que la URSS y China: los efectivos terrestres de los Estados Unidos en 1965 eran de un millón de hombres —actualmente se están aumentando— y los de la URSS de 1.600.000. Se entiende que la NATO puede movilizar hasta tres millones de soldados, y el Pacto de Varsovia unos cinco millones y medio. (Cifras de la revista francesa «Realités».) Otro ejemplo expresivo es el del Plan Rapacki, cuya base principal es la creación de una zona desmilitarizada en el centro de Europa que incluiría las dos Alemanias, Polonia y Checoslovaquia. En esta zona se prohibiría la fabricación, almacenamiento y utilización de las bombas nucleares, y estaría sometida a la inspección aérea y terrestre de delegados de los dos bloques. Pero este plan aplaza «sine die» la reunificación de Alemania, y priva a los Estados Unidos de su más conspicuo aliado militar e ideológico en centroeuropa. (Una revisión del Plan Rapacki está aún en pie: fue presentada en 1964 y consiste en «congelar» los actuales arsenales atómicos en la zona indicada, limitar las fuerzas convencionales y llegar a un acuerdo de no agresión entre la NATO y los países del Pacto de Varsovia.) En general, el problema de desarme reside en la desconfianza de cada bloque ante las propuestas del otro, en las que se ve siempre la intención de quedar en una situación de superioridad tras las operaciones de desarme.

UNA posición más pesimista aún es la que cree que la conferencia de desarme debe tender a «salvar la guerra». La expone el profesor Gaston Bouthoul, antes citado (Bouthoul ha creado una nueva rama de la ciencia, a la que da el nombre de «polemología»: se trata de estudiar las guerras como fenómenos aislados, independientes del contexto histórico y político: esto es, como fenómenos simplemente humanos). Esta idea supone que la guerra es algo necesario, establecido en el desarrollo de la so-

cialidad; la aparición del terror atómico la ha imposibilitado en estos momentos. Se trataría de eliminar simplemente las armas atómicas para hacer posible la guerra convencional, de la misma forma que en 1940 se decidió no utilizar los gases de combate, de manera que la actual situación contradictoria del mundo se resolviese una vez más, como tantas veces se ha resuelto en la historia, con las armas en la mano. Esta teoría coincide más o menos con la del profesor Arnold J. Toynbee, para quien el mundo está en una situación anárquica por falta de una guerra que pudiese ser resolutoria de las contradicciones del mundo de hoy.

CIERTAMENTE no es fácil suscribir ese pesimismo. La idea de la guerra como factor imprescindible en la vida de las sociedades se ha sobrepasado ya, y la ha sobrepasado incluso la ideología básica de los dos bloques, presionada por la opinión pública. Por otra parte, las contradicciones del mundo actual van siendo cada vez menores: se trata de buscar a esas contradicciones salidas mentales, ideológicas: aun cuando sean de compromiso. Por eso la conferencia del desarme, con toda la triste ironía que se desprende de su situación, ofrece unas posibilidades que no han dejado de resaltar en sus mensajes tanto el Papa —más objetivo, más por encima de las circunstancias inmediatas—, como Johnson o Wilson —más preocupados de no dejar escapar una palabra que comprometa sus posiciones en la conferencia—. Lo que pasa es que las posibilidades de la conferencia son, hasta ahora, secundarias. La paz sigue reposando en la creación de un entendimiento global, como el que comenzó a entretenerse en los diálogos Kruschchev-Kennedy, primero, de tipo técnico: más adelante, de tipo ideológico —a base del abandono de mitos y fanatismos en cada bloque— hasta llegar a unas condiciones de seguridad y a un desarme moral y de propaganda. Mientras estas primeras premisas no se cumplan, la realización física del desarme no será posible. El problema de los 66 ó 67 años de intentos oficiales de desarme reside principalmente en que nunca se intentaron crear seriamente los jalones de unidad y de integración de las sociedades imprescindibles para realizar tal desarme. La conferencia de Ginebra puede no tener efectividad práctica, pero es un factor más en el esfuerzo de creación de entendimiento y de condiciones de seguridad colectivas.